

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON FRANCISCO LÓPEZ BARRIOS

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA  
COMO ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Y

# CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON EDUARDO CASTRO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO  
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA  
EL DÍA 18 DE NOVIEMBRE DE 2019

GRANADA

MMXIX

Esta publicación ha contado con una subvención de la  
Consejería de Economía, Conocimiento, Empresas y Universidad  
de la Junta de Andalucía.



*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
Apartado de Correos 1013  
18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org>

*Imprime:* Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L., Granada

*Depósito Legal:* Gr-1421-2019

# DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON FRANCISCO LÓPEZ BARRIOS

La materia de los sueños

Excmo. Sr. Presidente  
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicos  
Distinguido público, amigos todos:

## I. MARRUECOS

Cuando empezaron los disparos, saltamos de los *Land Rover* y buscamos cobijo a ras de suelo. Las balas silbaban y levantaban puñados de arena, como en las películas. El tac tac de los *kalashnikov* repicaba en la noche del Sáhara como un tambor tartamudo y agorero.

Yo caí boca arriba. Pensé que iban a matarme, pero me importó un carajo. Allí estaban las estrellas, como un manto celestial bordado de luceros refulgentes. Fue como si me envolviera en él, como si los disparos y los gritos desapareciesen y una relajada conformidad con el destino se abriese paso en mi cerebro.

Comprobé que era cierto. Que, cuando crees que la muerte ha venido a buscarte, el tiempo se comprime y en segundos ves lo que fueron años de vida, los hechos que te conmovieron y te marcaron para siempre.

De pronto, me veo en Marruecos. Un caluroso día de agosto, en la playa de Río Martín. En una esquina acotada del arenal, cerca de la desembocadura del río, hay mujeres musulmanas que se bañan con el cuerpo cubierto por camisolas, zaragüelles, chilabas y jaiques.

Llegan sus risas y gritos de júbilo a mis oídos, mientras repito los ejercicios que me permitirán andar con normalidad en el futuro. He avanzado mucho desde la operación en la

pierna izquierda para corregir su malformación congénita. Atrás quedó el año con los herrajes de la pierna ortopédica que me hacían llorar por la presión sobre mi muslo.

Mi trabajo consiste en caminar sobre dos tablones de diez metros de largo, paralelos, enfrentados en forma de uve y fijos sobre soportes de madera incrustados en la arena. Andar con el pie izquierdo inclinado hacia adentro corregirá su posición, todavía defectuosa. Arquía, mi niñera, camina a mi lado sobre la arena y me da la mano para sostenerme. Aunque no debe hacerlo, me habla en árabe. También me canta en árabe nanas para dormirme. Si desfallezco, Arquía me consuela. Si me ve agotado al acabar un recorrido, me lleva en brazos hasta el principio de los tablones para que repita el ejercicio.

El rostro de Gimo, tatuado en la frente como joven nacida en el Rif, se asoma al mundo que me aísla de cuanto me rodea. Yo juego en el agua de la bañera con una canoa *Schuco* de control a distancia. Gimo, una de los dos mujeres marroquíes que trabaja en nuestra casa, viene a avisarme de que la comida está puesta. Miro a Gimo, y le sonrío. Ella me acaricia el pelo. “Cuando tú come, duerme siesta. Yo visito, juego a ti en la cama”, me susurra. Me encantan sus juegos, sus caricias, los suntuosos placeres corporales que me descubre.

Dos mujeres marroquíes en mis días oscuros. Ellas, con mi Tía Gloria, llenaron mi cuerpo dolorido, y mi corazón también, de besos y caricias. Yo entonces no lo sabía, pero aquellas mujeres, y otras que vendrían después, me enseñaron el camino de la humildad amorosa, de la voluntad y de la constancia. Me enseñaron que ellas sostienen el peso del mundo sobre los hombros, y que

sin ellas, sin las mujeres, el mundo no sería el mundo sino el infierno.

Conseguí andar y jugar como los demás niños. Pero hasta los cuatro años contemplé la vida desde el suelo, gateando. Escondido, debajo de una mesa o de una cama, observé y escuché a las personas mayores, descubrí sus mentiras, su gusto por las apariencias. Fui un observador atento del mundo visible y del invisible.

A veces, por la noche, pasaban moros encadenados bajo los balcones de nuestra casa. Una noche me levanté sin hacer ruido y me asomé para verlos. Iban descalzos, apenas cubiertos por camisolas largas, sucias y ensangrentadas. Sus gemidos eran como un coro de ánimas, impotente y cabizbajo. “Mma habiba dialek”, decían los más jóvenes. “Madre mía querida”, exclamaban, sin atreverse a gritar por miedo a recibir el culatazo de un *máuser*.

Mi Tía Gloria había muerto ya, y una hermana de mi padre la sustituyó para cuidarme. Le pregunté dónde llevaban a los presos y por qué estaban encadenados. Me miró muy seria. “Eso lo has soñado, no lo has visto”, me respondió. Fue una respuesta enigmática, que no solo negaba lo que yo había visto, sino que, por motivos que entonces no entendí, trasladaba mi visión al mirador de los sueños, al paisaje de lo imaginario.

Empecé a transformar la realidad según mis necesidades, de la mano de aquella mujer autoritaria, viuda del Coronel de Oro, Gobernador General de los Territorios Españoles del Atlántico, que entró en mi vida convirtiendo la casa en un cuartel y mis emociones en algo tan inútil como indeseable.

Con ella, mi infancia se convirtió en un manojito de sueños que todavía hoy rememoro con intensidad alucinatoria. Y hay uno que vuelve siempre a mi memoria porque refleja nuestra vida familiar en Tetuán, y porque su protagonista es un loro cuyo silencio fue cómplice de mis mejores ensoñaciones.

Los Lloret ocupaban la primera planta. Habían unido tres pisos mediante puertas interiores. En uno de ellos, el central, vivía Don Jaime, el patriarca, propietario del edificio; en otro, su hijo Jaime, y en el otro, su hija Titi. Don Jaime fue capitán de la marina mercante. Éramos familia. El hijo mayor de los Lloret, Pedro, estaba casado con Concha, una hermana de mi padre. Todas las tardes, a partir de las 7.30, las mujeres se reunían en torno a la gran mesa del comedor del piso de Don Jaime para jugar al *Ma-Yong*. Los hombres hablaban de política y de “sus cosas”, en el salón central, que abría un gran mirador a la calle. En el salón contiguo, alguna de las nietas de Don Jaime tocaba el piano. A mí me encantaba tener entre mis manos las fichas del *Ma-Yong*. Las fichas de marfil, con sus dibujos y caracteres chinos grabados y coloreados. También me gustaba sentarme en una mecedora y hojear *El Ruedo*, una revista en la que se veían fotos de hombres, vestidos de forma extraña, moviendo un trapo al que perseguía una vaca furiosa. “Un toro, Paco, ese animal es un toro. Y el hombre, un torero”, me dijo Don Jaime cuando le pregunté.

¡Ah! ¡El despacho de Don Jaime! De vez en cuando, me escabullía de los salones de juego y tertulias y entraba en el despacho del marino retirado. Lo recuerdo como si fuera ahora: sostengo una pequeña linterna que me han regalado por mi cumpleaños y allí, al fondo, cerca de la mesa de Don Jaime, está el loro. Grande, hablador, de

colores vivos, amarillos, azules, rojos, verdes, en combinaciones fastuosas según las zonas de su cuerpo. Me llevo el dedo índice a los labios pidiéndole que no hable, que no me delate. Me observa entre curioso y afligido. Pero me obedece y guarda silencio. Entonces, ilumino la maqueta del galeón gigante, de los que hacían la travesía hasta las islas Filipinas. Se encuentra a media altura, apoyado en una plancha de mármol negro que descansa sobre una plataforma de madera sostenida por cuatro patas. En una placa de bronce, en un lado de la base, se ha grabado la leyenda de “Galeón de Manila”.

El galeón era mi amigo secreto. Iluminaba con cuidado sus pormenores: las velas cuadradas, las jarcias, las velas latinas en los palos de mesana y el bauprés, además de los estays, que le permitían ceñir y gobernar contra el viento. Observaba las anclas, las bocas de los cañones, mudas amenazas asomando por las troneras de babor y estribor. Entonces miraba al loro y después al galeón, y oía el mar golpeando en las amuras del barco, las voces de los marineros, los gritos de los oficiales ordenando la maniobra. Era un cine en mi cabeza que me permitía estar dentro del galeón, sentirlo físicamente, oler el perfume a salitre, a cordaje húmedo, a pólvora cuando nos acercábamos a puerto y disparábamos las salvas de ordenanza para saludar y anunciar nuestra llegada.

Aquella habitación era mi iglesia particular, y el loro, un cardenal vestido con los más aparatosos y coloristas de los ropajes.

Algunas veces, Sandokán, llegado desde otros mares, se acercaba a saludarme. Y yo era feliz al verlo sonriéndome con su deslumbrante dentadura. Después lo invitaba a mi camarote en el castillo de popa, y le ordenaba a Maese



Santiago, el camarero, que nos sirviese una copa del mejor *Oporto* disponible.

Hubiera podido quedarme allí durante horas. Cuando me llamaban, al darse cuenta de mi ausencia, salía de prisa de la habitación y andaba hacia atrás, de espaldas, alejándose de la puerta prohibida. Después, volvía a andar de frente, como si viniera de lejos, cuando me encontraba a la vista de la persona que me buscaba.

— ¿Dónde estabas? No habrás entrado al despacho de Don Jaime, ¿verdad?

“Tuve que ir al cuarto de baño en casa de Jaime. El de Titi estaba ocupado”, mentía con tranquilidad, y mientras mi tía Pepa, pasillo adelante, me reintegraba al mundo de los adultos, yo le agradecía a tía Gloria, la mujer que me educó hasta su muerte prematura, el cariño absoluto y caliente que me dedicó mientras hizo de madre y, sobre todo, que me enseñase a leer con cuatro años.

La Enciclopedia Pulga y la Colección Juvenil Cadete me adentraron en un mundo, el de la lectura, que ya nunca dejó de acompañarme. Emilio Salgari tuvo la gentileza de presentarme a mi amigo Sandokán, mientras Julio Verne, Marc Twain, Daniel Defoe, R. L. Stevenson, Zane Grey y otros me cogieron de la mano y no me la soltaron hasta que encontré las de Knut Hamsun, Lajos Zilahy, Maxence van der Meerchs...

En el año 1959, yo cumplí 14 y Marruecos consiguió su independencia.

Un día le pregunté a Tía Pepa por qué nunca hablábamos con Juan Lloret, el hombre que vivía en la planta baja con su mujer y su hija.

— Porque son una familia de sordomudos.

— ¿De sordomudos? Pues yo he oído hablar a la madre con su hija...

— No seas pesado, te pasas la vida preguntando. No los queremos porque son de la cáscara amarga.

— ¿Como mi padre?

— Sí, como tu padre. De la cáscara amarga.

Le volví la espalda y me dirigí a mi cuarto. Las preguntas sin respuesta formaban parte del universo poliédrico que me acompañaba. Comprobé una vez más que las personas que representaban el poder y el mundo adulto mentían. Yo no soñé lo de los moros presos. Y pronto me enteraría de qué era “la cáscara amarga”.

Ahora, a mis catorce años, solo sentía rabia y desconuelo. E intuía que en el futuro la vida me llevaría por vericuetos inimaginables para un niño como yo, de lo que entonces se consideraba buena familia, criado entre militares de alta graduación, personas de orden, camisas viejas de Falange y profesores marianistas en el Colegio del Pilar.

De pronto, un haz de luz ilumina mi rostro y me devuelve al desierto. Observo a lo lejos cómo uno de mis compañeros de la guerrilla hace guiños con una linterna de gran potencia. Son señales codificadas que reciben respuesta de nuestros atacantes. Los gritos de alegría llenan el aire que antes ocupaba el sonido de los disparos. Son guerrilleros del Frente Polisario, que no han sido avisados de nuestro paso por esa zona y pensaron que éramos marroquíes intentando infiltrarnos tras sus líneas.

Hamed, que ha llegado hasta mí para darme la noticia, me dice: “No más problema, ahora fiesta con té y pastas”.

Me acerco a las hogueras que han encendido para preparar el té. Algunos me besan y me abrazan para celebrar conmigo el buen final de la emboscada. “Allahu Akbar”, me saludan los combatientes. Les contesto que “Dios es Grande y Misericordioso”, y entonces descubren que soy español, pero no les importa. Han oído hablar de mí en los campamentos. Saben que soy uno de los suyos.

Volvemos a los *Land Rover* después de despedirnos y seguimos nuestra marcha bajo las estrellas. “La noche sí que es grande y misericordiosa”, me digo, contemplándolas. Después de vivir tres meses en el desierto, no he encontrado a Dios. Hablo de Dios con mis hermanos musulmanes, pero yo no lo encuentro. Aunque sí se ha manifestado una penetración de la Totalidad, de la Unicidad del Todo. Es un abandono tranquilizante, una comprensión no verbalizable de la Realidad. Una intuición radical que durante segundos me produjo una paz interior hecha de conformidad y de esperanza. La sentí mientras esperaba la muerte, acariciando el firmamento y acompañado por los versos, balsámicos en aquel instante, del poeta canario Baltasar Espinosa:

“Todas las palabras son una palabra  
todos los gestos  
que desde siempre inútilmente anduve trazando  
un solo gesto  
todo el Amor  
es uno”.

Esa revelación inesperada, ese conocimiento explicativo, fue la semilla que germinó en dos libros que publiqué, pasados muchos años, sobre el Sufismo y sobre el Islam.

## II. ESPAÑA

Cuando nos dijeron que volvíamos a España, muchos lloraron porque su vida estaba en Marruecos. Allí habían nacido sus hijos, muerto sus padres, establecido sus negocios o atendido sus trabajos.

Dicen que los moros del Frente de Liberación Nacional paraban los autobuses en las carreteras, hacían descender a los viajeros, separaban a los marroquíes y los españoles, y a los franceses los mataban. Es posible, no sé. La convivencia no era mala, y ellos se reían de nosotros y decían que lo único que habían aprendido de los españoles era a beber vino y a mear de pie.

Yo fui a fiestas, bodas y circuncisiones, que duraban varios días, aunque nosotros solo estábamos unas horas. Mi tío Juan, con el que me crié, era médico, era el Tebib. No les cobraba la consulta si eran pobres, y por eso la gente lo paraba por la calle, se inclinaba y le besaba la mano. Nosotros íbamos a sus fiestas y entrábamos en el barrio moro sin miedo.

Un día vino Antonio Machín a Tetuán, a cantar en el cine Avenida, y mis tíos me llevaron a verlo. Todavía lo recuerdo en el centro del escenario, con la orquesta por detrás, una chaqueta blanca y unas maracas en las manos, preguntándole al pintor de su copla por qué nunca pintó angelitos negros.

Yo conocía España porque, a partir de los ocho años, visitaba Granada durante un mes para tener relación con mi

familia materna, madre biológica incluida. Traía un *chapiri* de la Legión en la maleta, y jugaba con otros niños en la plaza de Bib Rambla o en las callejuelas del Zacatín y la Alcaicería. El *chapiri* fascinaba a mis amigos y a mí me daba cierto prestigio aventurero.

Aquí, en Granada, entendí por fin las fotos de *El Ruedo*. Iba con mi abuelo Paco a las novilladas nocturnas. Yo contemplaba el espectáculo atónito y aplaudía con entusiasmo las hermosas suertes, armónicas y vibrantes, que convierten el toreo en un Arte.

Luego, como conté en mi libro *Mágica Ceremonia*, “al terminar la corrida, de regreso a casa, con la noche ya cerrada mitigando los ardores diurnos, respirábamos gustosos el aire que llegaba de la Vega. Una brisa campera y refrescante, propia de la Granada rural, que resistía los envites de la pseudomodernidad y conservaba intacta su reciedumbre”.

“Dábamos un rodeo... y entrábamos en las Bodegas Muñoz como por azar, como si fuera más por mi capricho que por su deseo... Pedía el hombre un vinillo de la Alpujarra, un vinillo de Albondón, que con frecuencia se convertía en tres o cuatro. Y charlaba con sus colegas, comentaba la novillada y, a veces, cogía una servilleta de papel, la colocaba entre el dedo índice y el pulgar de su mano izquierda o de la derecha, según se tratase de muletazos naturales o rechazos, y daba pases al aire imitando los movimientos del torero: mi abuelo, tan grueso, tan poco taurina su estampa”.

“Sin embargo, igual que las ancianas *bailaoras* de flamenco, fondonas y envejecidas, afloran el ritmo de los cantes y los bailes con el simple compás de sus gestos, así

mi abuelo armonizaba la figura y, toreando muy despacio a un toro imaginario, lograba transmitir y compartir con los espectadores el instante de la faena que a él le había apasionado”.

“El toreo es, probablemente, la riqueza poética y vital de España. Increíblemente desaprovechada por los escritores y artistas”, escribió Federico García Lorca, antes de que lo mataran flanqueado por dos banderilleros.

El meado del miedo mancha la taleguilla de los toreros cuando suenan los clarines y los tambores que anuncian el comienzo de la corrida. No hay trampa ni cartón: la inoportuna mancha de orina lo certifica.

He pensado a menudo en los avatares que han dibujado los rumbos de mi vida. No es verdad que la experiencia sirva para mucho, excepto en las circunstancias que piden decisiones sobre problemas que viviste con anterioridad.

¿Qué nos impulsa a sentarnos delante de una cuartilla en blanco y llenarla con historias que probablemente solo nos interesan a nosotros? La pasión narrativa, ¿es una terapia sin más sentido que el de evacuar los remolinos espirituales que nos producen zozobra, que nos inquietan sin motivos aparentes? ¿Cumple una función social? ¿Debería cumplirla?

Se ha escrito tanto sobre el hecho de escribir que más vale olvidarlo y seguir escribiendo.

Me impresionaron sucesos, no sé si pequeños o grandes, que normalmente no figuran en los currículos. Me imagino que, travestidos, acarician mis relatos.

Por ejemplo, el paso cansino de un oso polar caminando sobre un enorme iceberg de costa plana. Navegábamos en el *Urtigruten*, el barco que, zarpando desde Bergen, recorre la costa y reparte el correo en Noruega durante los meses de invierno, cuando las carreteras están cerradas.

Habíamos sobrepasado el Polo Norte, su registro turístico y geográfico, y nos aproximábamos a Kírkenes, en la frontera de Noruega con Siberia. De pronto, en la distancia, apareció el oso. El gran oso polar, el oso blanco que acompaña los sueños de los niños. Observé con los prismáticos cómo nos dirigía una mirada indiferente, distante de la curiosidad que estimulaba la mía. Fue como una aparición virginal en un mundo purísimo, sin mácula, en el que la soledad del oso se integraba con el espacio hasta formar un universo indestructible, en el que la ablación de cualquiera de ambos elementos hubiera supuesto la desaparición del prodigio.

Por la noche, mientras navegábamos entre los altos farallones de hielo de un estrecho canal lleno de augurios y crujidos, se derramó por el cielo una aurora boreal que mezclaba los colores azules con los verdes y los anaranjados.

El firmamento se convirtió en un loro cósmico y me llevó hasta mi infancia, avivando los ropajes de mi melancolía.

Melancolía y rebelión. A pesar de los trucos que desarrollé con el paso del tiempo para evitar el impacto lacerante de los recuerdos, antes y ahora es frecuente la visita, breve y discreta, de la melancolía.

Nada de lo que viví, existe. Desaparecieron los paisajes, los cuerpos entregados y lascivos, las risas colgadas de las

alas de pájaros que volaron en busca de otras bocas, de otros renacimientos.

A veces me veo por las playas de Guad Lau, nadando y tomando el sol con Fatmi, el amigo marroquí que me enseñó a hacer trampas para cazar pájaros con cañas y un cordel. Los cárabos, negros y afilados, largan sus redes cerca de la orilla. Al atardecer jugamos en la calle principal del pueblo. Fatmi me gana a las bolas, pero yo le gano al pincho.

Mi familia paterna me educó para ser práctico y egoísta, en un mundo falseado por la violencia y los encadenamientos. “Hay que ser realistas en la vida”, repetían personas que aseguraban creer en realidades tan evidentes como la Santísima Trinidad o la Transustanciación.

Llevaban dentro el demonio autoritario, y hablaban de la libertad dentro de un orden. De su orden.

Para un niño que gateaba y observaba el silencio de algunas personas frente al bullicio de otras, eran demasiadas las preguntas sin respuesta, las frases que aludían a inciertos pasados y misteriosas “cáscaras amargas”.

El proceso de desclasamiento estaba anunciado. La rebeldía, también.

El profesor Sánchez Trigueros, en su discurso pronunciado en esta Academia en el año 2003 y titulado *Algunas consideraciones sobre la consolidación crítica del concepto idealista de literatura*, lo analizó con precisión:

“De la misma forma que en el conjunto social, en el modelo unitario de la burguesía, se genera la división, la



escisión, el conflicto (la lucha de clases que en el amplio espacio del pensamiento genera el socialismo científico), así también desde el mismo interior de las prácticas literarias y críticas, como realidades sociales, como prácticas ideológicas ellas mismas, surge la quiebra, un verdadero contradiscurso del sujeto. La educación humanista generalizada de los sujetos sociales en la libertad produce la propia contradicción en el seno de la sociedad burguesa: *El hombre que ha llegado a ser libre, y mucho más el espíritu que ha llegado a ser libre* —escribe Nietzsche—, *pisotea la despreciable especie de bienestar con que sueñan los tenderos, los cristianos, las vacas, las mujeres, los ingleses y demás demócratas. El hombre libre es un guerrero*”.

Un guerrero armado de palabras.

En *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Mijaíl Bajtín y Valentín Volóshinov afirman que “la palabra es el fenómeno ideológico por excelencia”.

El italiano Ferruccio Rossi-Landi asegura, por su parte, que “cuando se habla de ideología también se está hablando necesariamente de lenguaje, y viceversa”.

En el Gran Baile de Máscaras no hay palabras inocentes. Hay verdades o mentiras.

El día que conocí a mi padre, me regaló una tortuga de plástico que movía la cabeza. Estaba envuelta en un papel de periódico con manchas de grasa. Mi padre tocaba el piano y el violín, era alto y delgado, había estudiado Derecho en

Granada, y tenía que presentarse en comisaría cada vez que Franco visitaba la ciudad o algunas localidades próximas.

Yo entonces no sabía qué era un pobre. Me intriguaron los brillos en los codos de su chaqueta, la barba de varios días, un desaliño general que, en su caso, resultaba elegante.

Murió de frío una madrugada, en Madrid, como vigilante nocturno de unas obras en construcción. Sin violín, sin piano, y sin revolución.

Cuando volví a Granada como redactor literario de TVE, tenía 37 años y encontré la ciudad llena de filósofos marxistas y poetas de la *beat generation*. Me recordaba el Madrid de los años 70. Era divertido, y tomábamos *gintonic*s en La Tertulia, un bar amable y confiado.

En Granada, cuando era pequeño, mi Tía Purita Barrios me llevaba dando un paseo hasta la Fuente del Avellano. Allí, me hacía leerle poemas de Bécquer, de Federico, de Espronceda, de Salinas... “Entona bien, niño, que la poesía es música”, me decía. “Lee despacio, sintiendo lo que escriben los poetas”.

Ella era actriz de teatro y puso en escena, en los años 50 y 60, dirigida por Martín Recuerda, obras de Carlo Goldoni, Karel Kapel, Tennessee Williams, Antón Chéjov y el propio Martín Recuerda.

El Ayuntamiento votó en Pleno, hace dos años, bautizar con su nombre al Centro Cívico del Albayzín. A mi abuelo, Francisco Barrios Talavera, cofundador de la Asociación de la Prensa de Granada y autor de crónicas sobre la guerra con Marruecos que le costaron un Consejo de Guerra, le honró el Ayuntamiento poniéndole su nombre a una calle. Mi tío abuelo Ángel Barrios tiene calle y hasta museo.

Vengo de una familia granadina, albayzinería, humilde y relevante en la literatura, la música y el teatro. Espero cumplir las expectativas que me acechan en mis ratos de insomnio.

Fui, por dentro y por fuera, de la Generación del 68. Situacionista, marxista crítico con el comunismo burocrático, más cerca de Marcuse, de Lafargue y de Trostky que de Lenin y del Partido omnisciente y omnipresente.

Raúl Vaneigen, en su *Tratado del Saber Vivir de uso para las jóvenes generaciones*, dice: “Los que hablan de revolución y de lucha de clases sin referirse explícitamente a la vida cotidiana, sin comprender lo que de subversión hay en el amor y de positivo en el rechazo de las obligaciones, tienen un cadáver en la boca” .

Y en su carta de respuesta al Sindicato francés de Escritores: “Pedazos de mierda, costras mohosas de letrina intelectual, putos gilipollas, el olor de vuestra propia descomposición os debe haber afectado la cabeza para creer que un Situacionista podría unirse a vuestra pandillita de mierda”.

Guy Debord, por su parte, asegura: “Los jóvenes de todo el mundo han sido autorizados a elegir entre el amor y una unidad recogida de basuras. En todo el mundo han elegido la unidad recogida de basuras”.

En *La Sociedad del Espectáculo*: “La televisión hace de la muerte un espectáculo, de la mujer un objeto y de la política un circo”.

Jacques Prévert, en *Paroles*: “Volver a dar las llaves de la ciudad/ Las llaves manchadas de sangre/ A los grandes servidores del Orden/ El orden de las grandes potencias del dinero”.

Siempre me gustaron los ofrecimientos de la vida y sus delicias, el amor de las mujeres, los amigos, el vino de calidad, las migas, el universo latino, las sobremesas en la Alpujarra debajo de un *emparrao*. Y navegar de través con mi barco en un día con mar formada, y estar con mi mujer en la isla de Ons, una noche de frío y niebla, mientras fuera pasa la Santa Compañía con sus candiles y, acurrucado en la cama del hotel, leo poemas de mis amigos.

Y leer, leer, leer. Y escribir, escribir, escribir.

El fracaso del 68 en sus aspectos prácticos y organizativos, aunque su impacto sociológico siga vivo en nuestros días, me condujo a un análisis menos presuntuoso de la realidad, más vinculado a las mejoras en las condiciones de vida de los trabajadores, de los asalariados. Es decir: más despojado del idealismo propio de la educación sentimental burguesa y más próximo a organizaciones que hasta entonces había considerado inaceptables.

Empecé a experimentar cierto hartazgo intelectual. La posmodernidad de los Fukuyama, Liotard, Derrida, etc., y tendencias como la del posthumanismo, con Sloterdijk a la cabeza, dejaron de interesarme.

Las palabras lo invadieron todo; las explicaciones intelectuales, hasta llegar al absurdo, también. El espejismo de la posmodernidad, el desplazamiento del ser humano sustituido por el protagonismo animal y/o de las máquinas, amenazaba, amenaza, con borrar de la memoria colectiva el aserto de Protágoras: “Es el hombre la medida de todas las cosas. De las que son, en cuanto que son, y de las que no son, en cuanto que no son”.

Aprendí más de William Saroyan y de su homenaje a los humildes de la tierra, que de la verborrea de los políticos y los filósofos; más de la escenografía narrativa de Faulkner y Cervantes, que de la suma de los narradores españoles de los ochenta. Más de Hemingway y de su sentido del honor y la dignidad frente a la muerte, que de tanto bobo, con mochila, bicicleta o patinete, como los que hoy nos acosan con la vulgaridad de su *buenismo*.

Escribir con lealtad a los seres humanos. Enfrentar nuestra soledad cósmica, hacer soportables nuestros gritos sin eco.

Incorporar a la narrativa los recursos lingüísticos que la enriquecen y que tienen una estrecha relación con la poesía. Porque sin poesía, implícita o explícita, la literatura es solo *marketing*.

Y, por fin, escribir alumbrando la musicalidad del texto y besando las palabras hasta convertirlas en fieles amantes del escritor.

Buenas noches, muchas gracias a la Academia de Buenas Letras por haberme acogido en su seno, lo que significará un gran estímulo en mi carrera literaria, y muchas gracias también a todos ustedes por su atención.

FRANCISCO LÓPEZ BARRIOS  
(Granada, 1945)

Escritor y periodista, cursó estudios de periodismo en la Escuela Oficial de Madrid, Ciencias Políticas en la Universidad Complutense, e Historia en la UNED.

Como periodista, ha sido colaborador fijo de los semanarios *Triunfo* y *La Calle*, además de columnista y colaborador en diferentes periódicos y revistas, entre los que destacan *Diario 16*, *El Mundo*, *El Periódico de Madrid*, *Qué*, *Letras del Sur*, *Diario de Granada* y *El Independiente*, entre otras cabeceras.

Fue fundador y director de *Cuadernos del Mediodía*, el primer suplemento cultural de la historia del periodismo andaluz, en las páginas del *Diario de Granada*, así como redactor-jefe de Cultura del diario madrileño *El Independiente*, desde 1988 hasta su cierre, en 1991. En 1995 dirigió la revista *Injuve*, editada por el Ministerio de Asuntos Sociales. En 2003 fundó en Madrid la revista *Sierra Mágica*, de la que fue director hasta el año 2005.

En RTVE, ha sido redactor-jefe y presentador de los programas *Tele-Revista de Arte y Cultura* (1975), *Cultural Informativo* (1976) y *Entrelíneas* (1988-1989), corresponsal de TVE en Granada (1982-1983) y comentarista político en Radio 3, de RNE (1978-1979). Por último, ha sido director de comunicación de los congresos Iberoamericano de Escritores (1978) e Internacional sobre la Propiedad Intelectual (1991), el Festival de Música y Danza de Granada (1985-1986), la Universidad Internacional de Baeza (1983-1990) y el Festival de Teatro de Granada (1983-1999).

Como escritor, obtuvo su primer galardón literario a los 22 años: el I Premio Nacional de Ensayo Taurino de

1967, compartido con Francisco Umbral. A éste se unirían después el Premio Ciudad de Granada de 1982 por su novela *Alguna vez, más tarde y para siempre* (Barcelona, 1984), el Premio Martín Recuerda de 2002 por su obra *En el temblor de las niñas perdidas* (estrenada en 2003 en el teatro Alhambra) y el Premio de la Crítica Andaluza de 2016 por su libro de relatos *Yo soy todos los besos que nunca pude darte* (Granada, 2015).

Es también autor de las novelas *Dicen que Ramón Ardales ha cruzado el Rubicón* (Madrid, 1975) y *Amado pulpo* (Granada, 2017), y los libros de relatos *La noche de terror del terrorista* (Almería, 2004, finalista del premio de la Crítica Andaluza en 2005) y *El violinista imposible* (Granada, 2019), además de los ensayos *Murieron para vivir*, escrito con Miguel Hagerty (Madrid, 1984), y *La conspiración de los Ulemas* (Córdoba, 2008).

Su bibliografía se completa con el poema en prosa *Balada para la toma de Smara* (Vélez-Málaga, 1970, con ilustraciones de Francisco Santana), el drama vanguardista *Boeing, Boeing, Elena* (1970) y los ensayos *La nueva canción en castellano* (Madrid, 1978) y *Mágica ceremonia* (Madrid, 2013), un controvertido “alegato en defensa de las corridas de toros”.

Asimismo, ha sido director de Cuadernos de la Afro-bética (Málaga), donde publicó obras como *País de larga pena*, la única traducción de poesía argelina contemporánea, coordinada por el profesor Emilio Sola, o *Una reflexión sobre Andalucía*, antología ilustrada en la que participaron poetas como Caballero Bonald, García Baena, Antonio Hernández o él mismo, junto a pintores de la talla de Cortijo, Brinkmann o José Aguilera, entre otros.

CONTESTACIÓN  
DEL  
ILMO. SR. DON EDUARDO CASTRO



Excmo. Sr. Presidente  
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicos  
Señoras y Señores:

Nacido en el seno de una familia granadina culta y acomodada; hijo de un prestigioso abogado y colaborador de distintos periódicos y revistas de la época, Domingo López Bastos, prematuramente separado de él cuando apenas levantaba tres palmos del suelo, a cuya pérdida debe su inquietud política; nieto de otro ilustre periodista, Francisco Barrios Talavera, cofundador de la Asociación de la Prensa de Granada, que tuvo uno de los primeros *carternets* internacionales de periodismo y fue pionero como corresponsal de guerra en la de Marruecos, autor de crónicas que le valieron un Consejo de Guerra y la condena posterior al ostracismo de los talleres, a cuyo recuerdo debe su afición taurina; bisnieto de un hermano del popular tabernero y flamencólogo de la Alhambra conocido como el Polinario, propietario del local donde se gestó el famoso Festival de Cante Jondo de 1922, a cuya memoria debe su amor al flamenco; sobrino-nieto del hijo de éste, el célebre guitarrista y compositor Ángel Barrios, uno de los organizadores de aquel festival, junto a Federico García Lorca y Manuel de Falla, entre otras importantes figuras de la vida cultural granadina de la época, a cuya evocación debe su devoción a la música; sobrino de la formidable actriz Purita Barrios, que tantos éxitos cosechó en la compañía teatral fundada por José Martín Recuerda, a cuya influencia debe su pasión por el teatro..., a Francisco López Barrios, en cambio, el ADN

artístico que traía en los genes lo inclinó, por su parte, hacia la literatura y el periodismo.

Fue en 1945 cuando López Barrios vino al mundo, por lo que lleva ya más de la mitad de su vida celebrando su cumpleaños el Día de Andalucía, pues a su madre le dio por parir a este “hombre de luz / andaluz” el 28 de febrero, sin sospechar que, 35 años más tarde, los andaluces ganaríamos precisamente ese día la batalla por la autonomía plena que un gobierno traicionero y maquiavélico nos quiso birlar con una pregunta tramposa e indescifrable que, sin embargo, supimos y pudimos burlar con nuestra milenaria sabiduría popular en el histórico referéndum de 1980. Y sería coincidiendo casi con el segundo aniversario de aquella conquista, cuando él decidió regresar, ya como corresponsal de TVE, a esta su ciudad natal, en la que había pasado sus primeros meses de vida antes de que el destino le jugase la mala faena de alejarlo de sus padres. Al quedar a cargo de unos tíos suyos que por razones de trabajo residían en Tetuán, López Barrios pasó toda su infancia y parte de la adolescencia en la entonces capital del protectorado español en Marruecos, donde inició los estudios de bachillerato, estudios que posteriormente, y siempre de la mano de su tío y tutor, concluiría en La Coruña.

Más tarde, se trasladó a Madrid para cursar Ciencias Políticas en la Universidad Complutense, al tiempo que siguió también estudios en la Escuela Oficial de Periodismo. Convertido pronto en un reconocido experto en temas culturales, en la capital del Estado colaboraría durante años en diferentes medios de comunicación, como *Diario 16* o las revistas *Guadiana*, *Gaceta del Arte*, *Triunfo* y *La Calle*, entre otras, además de dirigir *Cuadernos de la*

*Afrobética*, una editorial especializada en temas relacionados con el Magreb. En 1982, como he avanzado antes, regresó a Granada en calidad de corresponsal literario de TVE, cargo que ocupó hasta el verano de 1983 y que, gracias a su recomendación, heredaría yo mismo a la finalización de su contrato. Aquí también participamos ambos en el nacimiento y puesta en marcha del *Diario de Granada*, en donde, a lo largo de 1982, fundó y dirigió la prestigiosa revista semanal *Cuadernos del Mediodía*, el primer suplemento literario en la historia del periodismo andaluz.

En la década de los 90, López Barrios volvió a trasladarse de nuevo a Madrid para trabajar en el diario *El Independiente* como redactor jefe de Cultura. Allí había sido también guionista de TVE, en cuyas dos cadenas dirigió o presentó varios programas culturales en diferentes etapas. Tras el fracaso económico y el cierre de *El Independiente*, dirigió la revista *Injuve*, del Instituto de la Juventud, antes de decidirse a abandonar la práctica del periodismo y retirarse a una finca agrícola en un maravilloso rincón del nordeste almeriense, donde durante poco más de una década se dedicaría al cultivo ecológico y la exportación de aceite de oliva, teniendo así más tiempo para la creación literaria. Desde hace años, sin embargo, vive a caballo entre su residencia andaluza y la cuna gallega de su esposa, intercambiando en la actualidad las temporadas de invierno en Mojácar con las de verano en el municipio pontevedrés de El Grove, de manera que con su recepción ahora, además de cubrir la vacante dejada tras su fallecimiento por el admirado Julio Alfredo Egea como correspondiente en Almería, nuestra Academia contará también con su representante en Galicia al cincuenta por ciento de su tiempo.

Pero hablemos ya de su faceta literaria, que es sin duda la que aquí hoy nos interesa. Como escritor, López Barrios cultiva todos los géneros, en especial el ensayo, la narrativa y el teatro. Al primero de ellos pertenecen los libros *La nueva canción en castellano* (1976) y *Murieron para vivir* (1983), este último escrito en colaboración con el ya desaparecido arabista Miguel José Hagerty. Aquella primera aproximación al misticismo islámico y su penetración en la España contemporánea sería el punto de partida, más tarde, para *La conspiración de los Ulemas*, obra de 2008 en la que reflexiona sobre la posibilidad de la existencia de un Islam occidental en países democráticos.

En el capítulo de la dramaturgia, su experiencia creativa se remonta a 1970, año del estreno en Madrid de *Boeing, boeing, Elena*, un montaje vanguardista muy bien acogido por la crítica, pero censurado de inmediato por el régimen franquista. Consciente como era de que “el teatro, sin los escenarios, no sirve de nada”, López Barrios se dio cuenta de que “si quería ver representada una obra, tenía que pasar por la censura”, por lo que decidió abandonar la escritura dramática. Tres décadas más tarde, sin embargo, en un contexto cultural y político radicalmente distinto, haría una nueva y brillante incursión en el género, alzándose en 2002 con el premio Martín Recuerda de teatro por su obra *En el temblor de las niñas perdidas*, una pieza que, en clave de tragicomedia, habla del enfrentamiento entre la lógica de los poderosos y la locura de los débiles. Cuando se llevó a cabo la lectura pública del texto a cargo de actores profesionales, los aplausos se prolongaron durante más de cinco minutos, a pesar de lo cual continúa aún sin estrenar en los escenarios.

Suyos son, asimismo, el libro de poemas *Balada para la toma de Smara* (1976) y una serie de obras de distinta índole, entre las que destaca *Mágica ceremonia* (2014), ensayo con el que se lanzó temerariamente al ruedo de la opinión pública en defensa de los toros de lidia y el arte de la tauromaquia, cargado de sólidos argumentos literarios, históricos, filosóficos y antropológicos que, aun no siendo compartidos, nadie podrá desechar como ilegítimos. No en vano la relación del autor con la información taurina se remonta a sus inicios periodísticos, cuando colaboraba con artículos críticos y de opinión en revistas como *Fiesta Española* o diarios como *El Periódico de Madrid*, del que fue crítico titular durante la década de los 70, después de haber compartido, a finales de los 60 y a sus poco más de 20 años de edad, el primer premio nacional de ensayo taurino ex aequo con Francisco Umbral.

Pero no son la crítica, el ensayo, el teatro o la poesía las disciplinas literarias en las que mejor se desenvuelve nuestro nuevo académico, a pesar de sus éxitos en todas y cada una de ellas, sino que ésta es, sin duda alguna, la narrativa. Fue así, en efecto, como se dio a conocer como escritor con la novela *Dicen que Ramón Ardales ha cruzado el Rubicón* (1976), un relato con una técnica próxima al *collage*, donde se alternan los cambios de ritmo, los elementos poéticos, el humor tierno y a la vez desgarrado, el lenguaje medido y directo, pero a veces desenfadado, con todo un mundo de personajes y situaciones que terminan conformando lo que el autor califica como la “crónica inorgánica de una destrucción inevitable”.

Su segunda novela, *Alguna vez, más tarde y para siempre*, fue galardonada en 1983 con el premio Ciudad de

Granada, durante cuyo fallo los miembros del jurado se vieron sometidos a toda una serie de “presiones, directas e indirectas, ejercidas por terceras personas”, según contó luego a *El País* su portavoz, el profesor y novelista Juan José Ruiz-Rico, que había sido el ganador del año anterior. Tanto Ruiz-Rico como sus restantes compañeros de jurado, entre los que figuraban José Manuel Caballero Bonald y José María Vaz de Soto, se vieron obligados a realizar sin éxito varias votaciones, hasta que decidieron “votar en conciencia, desoyendo los ecos llegados desde el exterior y atendiendo exclusivamente a la valoración literaria de las obras finalistas”, momento en el que se llegó sin problemas a la decisión de proclamar ganadora su novela.

Después, y ya desde su retiro en Almería, López Barrios ha dado a la imprenta los siguientes títulos: *La noche de terror del terrorista y otros relatos* (2002), que quedó entre los finalistas del premio de la Crítica andaluza de ese año; *Yo soy todos los besos que nunca pude darte* (2015), obra compuesta por dos extensos relatos —el que da título al libro y el titulado *Cubanito*—, con los que esta vez sí consiguió dicho premio; *Amado pulpo* (2017), novela seleccionada en 2018 por la revista *Babelia* como uno de los libros más relevantes de la literatura contemporánea sobre temas animales, y *El violinista imposible* (2019), en la que vuelve a demostrar su maestría narrativa y su gran dominio del relato.

Maestría y dominio que, sin duda, amigo Paco, prestigiarán a nuestra Institución por donde vayas dejando rastro. Sé, pues, bienvenido a esta ya tu propia casa, que tan honrada y orgullosa se sentirá a partir de ahora con tu ilustre presencia entre nosotros.

Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada  
el 29 de octubre del año 2019,  
día de Santa Venus, diosa del  
amor, la belleza y la fertilidad,  
en Taller de Diseño Gráfico  
y Publicaciones, S. L.,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez,  
Bibliotecario de la Academia.

Granada,  
MMXIX